
NUEVOS TIEMPOS, ¿NUEVOS LECTORES?, ¿OTRAS BIBLIOTECAS?

Fernando Juárez Urquijo • *Biblioteca Municipal de Muskiz - Vizcaya*

Introducción

Muskiz (Bizkaia) es un municipio de unos 7.000 habitantes. Entre sus equipamientos culturales está la biblioteca municipal; es una biblioteca pública como las hay a miles en España: poco personal, pocos recursos, instalaciones insuficientes, un tanto olvidadas y descuidadas por las administraciones correspondientes... Nosotros siempre hemos sido conscientes de nuestras limitaciones, hemos reflexionado sobre nuestro día a día y no hemos tenido reparo en verbalizarlo; siempre hemos tenido muy claro que más allá de la apertura de una puerta, nuestra razón de ser es el usuario. Intentar mejorar la atención al usuario desde nuestra precariedad nos llevó a apostar por el uso de la tecnología para suplir en la medida de lo posible las carencias cotidianas; hemos imaginado nuevas maneras de atender al usuario y hemos contado nuestra experiencia. En nuestra biblioteca, donde conviven el papel y lo digital, hemos ido perfilando estrategias de gestión a medida que la naturaleza de nuestros fondos se diversificaba; pequeños cambios, casi impecertibles, que han modificado el paisaje y las tareas en los últimos años. “Lectura y pantalla” están sustituyendo a “lectura y papel”. Esta actitud ha permitido a nuestra biblioteca tener “visibilidad” entre los profesionales, ser citada como ejemplo de lo que es la “biblioteca 2.0”... y de vez en cuando que nos inviten a contar nuestra experiencia.

Estas líneas son una traslación (aproximada y no muy fidedigna) de lo que quise transmitir el 24 de Noviembre de 2009 en Las I Jornadas Insulares de Bibliotecas que organizadas por el Cep Valle de La Orotava se celebraron en el Museo de Artesanía Iberoamericana.

La invitación

Cuando uno está en la biblioteca de su pueblo, al borde del cantábrico, intentando lidiar la tarea que se acumula en el mostrador y recibe una llamada desde Tenerife solicitando su asistencia a unas Jornadas profesionales como ponente experimenta una serie de sensaciones diversas. La primera, alegría; la segunda, desconcierto (¿cómo sabrán estos que existo?); la tercera, obnubilación (que es dar el “sí quiero” sin saber a qué en concreto); y la cuarta, que es en la que me encuentro ahora, desconcierto (¿pero qué les voy a contar para que no me hagan volver a nado?..).

Los organizadores me quitaron un peso de encima al proponer el título de la charla “*Nuevos tiempos, ¿nuevos lectores?, ¿otras bibliotecas?*” y marcarme implícitamente el discurrir de la intervención. Es un detalle que agradezco: una decisión menos a tomar; lo que no sabían los organizadores es que casi siempre me ponen el título de las charlas, cursos, talleres... y que después, una vez cumplido el formalismo, siempre cuento lo mismo. Vamos, que ejerzo el “Pon el título que quieras que yo hablaré de lo que me dé la gana” no por prepotencia sino por limitación: soy una persona monotemática, sólo sé hablar de la biblioteca de mi pueblo.

De todas formas hemos de reconocer que el título es muy acertado para definir el momento en el que nos encontramos: en esta sociedad post-industrial la aceleración/transformación tecnológica modifica nuestras pautas cotidianas y nos obliga a replantear el modo de hacer las cosas. En el ámbito de la cultura y la educación en el que desarrollamos nuestras actividades debemos tomar decisiones a diario para adaptarnos al nuevo entorno informacional; decisiones que tal vez contradigan lo que nos enseñaron a hacer, y que nos sumen en un panorama incierto...

Bueno, y qué decir de la biblioteca, que se encuentra a las puertas de quedarse sin su “totem” y (para algunos única) razón de ser: el libro impreso. Sé que es un tópico pero el libro tal y como lo conocemos desde Gutenberg está en la encrucijada y con él todos los sectores implicados en su creación y difusión: autores, editoriales, librerías, bibliotecas, lectores, centros educativos... La tradición pesa en la biblioteca; llevamos quinientos años identificando biblioteca y libro, biblioteca y edificio. Resulta que ahora esos principios se tambalean...

El principio

No sé cual sería mi visión de la biblioteca si hubiese trabajado en un gran centro con recursos; resulta que ese no es el caso: siempre he trabajado en la biblioteca de mi pueblo, con pocos recursos, condiciones laborales “mejorables” y con un único objetivo a cumplir: “Fernando, abre la puerta de la biblio todas las tardes”. Sería pretencioso

intentar explicaros cómo reacciona ante el nuevo escenario informacional la biblioteca; uno es ignorante y atrevido... pero no tanto. Si os parece bien os puedo contar cómo lo vivimos desde la biblioteca de Muskiz.

Bienandanzas e fortunas y *Crónicas de Pobeña* son dos libros de referencia en mi pueblo; fueron escritos en momentos históricos diferentes por dos vecinos de Muskiz que no siendo escritores sintieron la necesidad de transmitir cómo era su vida cotidiana; es curioso que tanto Lope García de Salazar en el XIV como Hilario Cruz en el XX empiecen sus escritos desde “el principio”, intuyendo tal vez que para entender el presente hay que saber de donde venimos; supongo que analizar el pasado para entender el presente es un buen ejercicio para intentar adivinar/interpretar el adonde vamos. Nada nuevo bajo el sol. Tengo un amigo bibliotecario, Didac Margaix, que cuando habla de la biblioteca y su adaptación al nuevo entorno comenta que es necesario respetar lo viejo si funciona, adoptar lo nuevo si nos ayuda a mejorar y no tener ningún reparo en copiar ideas de otros si nos permite avanzar. Creo que Lope, Hilario y Didac a su manera hablan de lo mismo.

Respetar lo viejo si funciona es saber nuestro origen. El principio de mi biblioteca es 1987 cuando en Muskiz se inaugura la biblioteca municipal en la Casa de la Cultura; la biblioteca tenía medio año de vida y una personalidad por definir cuando cayó en mis manos. Tras 21 años creo que quien abre la puerta de la biblioteca ve el resultado de lo que el profesional ha podido hacer con lo que unas voluntades políticas (de quien dependen los recursos humanos y económicos) entendían/entienden que debía ser el modelo de servicio bibliotecario que deseaban ofrecer a la comunidad... Dos cosas me han quedado claras:

- a) *la relación directa entre dinero y servicio*: en los periodos en los que la biblioteca disponía de recursos extraordinarios (subvenciones, incrementos de presupuesto, contratación puntual de personal) las estadísticas reflejaban una mayor asistencia de usuarios, un mayor número de préstamos. El personal y el dinero son muy importantes sobre todo en bibliotecas pequeñas que ofrecen servicios de subsistencia.
- b) *mi incapacidad para transmitírselo a mis políticos*. Supongo que si la puerta a abrir fuese la de vuestros centros veríamos algo similar: frente a la realidad de nuestros recursos y las directrices de nuestros rectores está la tozuded del día a día al que como profesionales intentáis mejorar. Si el presupuesto y los medios son generosos los resultados mejoran ostensiblemente...

No conservo muchas fotos de aquel periodo inicial porque aunque había cámaras (muchas, por cierto, compradas por aquí) se reservaba su uso para ocasiones excepcionales e ir a trabajar es algo cotidiano y corriente. Pero cuando comparo las pocas fotos de nuestros inicios con las de la actualidad observo que el paisaje ha cambiado; pequeños

cambios, a veces casi imperceptibles, que han ido moldeando la biblioteca con el paso del tiempo y que han modificado a los actores de esta historia:

- el espacio bibliotecario.
- el fondo.
- la colección.
- el profesional.
- el usuario.

El espacio bibliotecario

Cuando cito el espacio no me refiero exclusivamente al edificio biblioteca, que en este caso, y tras muchos años de penurias, ha evolucionado espectacularmente (hace un año nos mudamos dentro de la misma Casa de la Cultura a un nuevo local que triplica los metros cuadrados y tiene espacios específicos para los diferentes servicios que deseamos ofrecer; un local agradable que invita a ir a la biblioteca a pasar el rato); hablar de espacio bibliotecario es hablar del sitio en el que la biblioteca desarrolla sus actividades y cómo lo modifica en función de sus necesidades.

Evidentemente hay un espacio físico que depende (casi en exclusiva) de las voluntades políticas, de los recursos económicos disponibles y en el que por tanto nuestra iniciativa está muy condicionada; un espacio en el que a pesar de los pesares podemos introducir pequeñas modificaciones gracias a una tecnología, barata y sin curva de aprendizaje, que nos permite ofrecer nuevos servicios bibliotecarios. No encontramos en las fotos anteriores a 1995 ninguna pantalla; desde 1995 hay una en el despacho del bibliotecario, a finales de los 90 hay alguna a disposición de los usuarios; es muy curioso ver en las últimas fotos que son los propios usuarios quienes traen sus propias pantallas... Hemos hablado con el “chispas” del ayuntamiento para que nos ponga más enchufes, para que nos meta el nuevo cableado y hemos quitado alguna estantería para dejar espacio a unas mesas con ordenadores; hemos instalado adsl, algún que otro router, el wifi (los más osados de acceso libre sin contraseña...). Junto a las baldas, mesas y sillas tradicionales vemos también pantallas, impresoras, escáneres. En los centros educativos podemos observar los mismos cambios... y en nuestras viviendas.

En estos momentos nuestro espacio más relevante es intangible; se encuentra allí donde cualquier persona pueda conectarse a la red. Así como las condiciones del espacio físico se nos escapan (dependen de unos recursos materiales que deben darnos) la gestión del espacio virtual es cada vez más flexible y nos hace más independientes. Que la biblioteca tenga un buen espacio en la red depende cada vez menos de condicionantes tecnológicos, administrativos y económicos: cualquier persona con acceso a internet puede utilizar herramientas gratuitas e intuitivas para contar cosas. Creo que la biblioteca

debe aprovechar esa oportunidad para compensar las carencias de los espacios físicos. También creo que la escuela debe aprovechar esa oportunidad para compensar sus carencias.

La biblioteca de Muskiz tiene dos puertas de acceso: una con bisagras, que abre de lunes a viernes en horario de mañana y tarde y otra con cerros y unos (0000 11111) que abre 24 horas al día 7 días a la semana. Tan importante es una como otra y creo que quien no cuide ambas no podrá ofrecer un servicio bibliotecario de calidad. ¿Os habéis preguntado alguna vez cómo es la naturaleza de la puerta de vuestro centro escolar?

El fondo y la colección

Si algo ha evolucionado en estos años es la naturaleza del fondo bibliotecario. La importancia de una biblioteca residía en la cantidad de volúmenes que podía comprar y almacenar. Todos nuestros esfuerzos eran por y para la colección en papel; dedicábamos gran parte del presupuesto a la compra de materiales (libros) y todas nuestras energías en catalogar y poner en marcha el préstamo. Las bibliotecas eran zonas autárquicas celosas de sus libros y sus usuarios. A finales de los 80 el fondo de la biblioteca de Muskiz era papel: sólo había libros.

Analizar la naturaleza de los soportes y su disposición en las estanterías nos puede ayudar a comprender cuánto ha cambiado la biblioteca... y cuánto va a seguir haciéndolo. Cuando empecé a trabajar el paradigma aceptado era el siguiente: la información relevante es papel y sólo existe para nuestros usuarios si está (y pertenece) a nuestro fondo. Uno de los primeros cambios significativos fue la progresiva entrada de los soportes audiovisuales. Tímidamente se fueron colando en nuestras estanterías los videos, los cds, los dvds. Nos planteaban problemas porque no sabíamos si tenían que estar en la biblioteca o no, porque no sabíamos cómo almacenarlos, catalogarlos, prestarlos... vamos, lo mismo que nos sucede ahora con la inminente llegada del “*ebook*”. En un momento en el que hay en circulación más papel que nunca la importancia de éste en el conjunto de la información global es cada vez menor.

Recuerdo lo importante que era tener en la biblioteca una buena enciclopedia de referencia: Espasa, Larousse, Plaza & Janes, Durbam... nos comían el presupuesto y el espacio, dos de los componentes más preciados. La adquisición de las encartas, micronets... descubrió un nuevo mundo de posibilidades para ofrecer información actualizada a bajo coste y (muy valorado por los usuarios) en poco tiempo. Dejamos de comprar las costosas actualizaciones en papel y apostamos por las eficaces y “baratas” obras de referencia digital. Google aún no había entrado en nuestras vidas pero ya intuíamos que había otras formas de dar información. Y aparece un nuevo intermediario entre la información almacenada en la biblioteca y el usuario: el ordenador. Descubrimos

que necesitábamos un pc, impresoras, aprender a instalar programas... sin descuidar las reglas de catalogación.

Y en estas llegó internet. No sabíamos (no sabemos todavía) lo que nos iba a cambiar la vida. Nosotros empezamos a utilizarla a mediados de los 90. Tímidamente. Visitas a primeras páginas, correo electrónico. Era necesario convencer a nuestros responsables de que era una herramienta necesaria que servía para algo más que ver fotos subidas de tono... Es curioso esto de la tecnología y la jerarquía; la adquisición de la tecnología era todavía cara para la mayoría de las bibliotecas y tenía un componente jerárquico muy marcado (¿cómo pretendía la biblioteca tener ordenador y conexión a internet si no lo había en el Ayuntamiento; si no lo tenían ni el secretario, ni el interventor...? Batallitas :-). Internet en nuestro caso fue antes herramienta de trabajo interno que vehículo de difusión; los mismos problemas que teníamos nosotros con nuestros responsables se reproducían entre la biblioteca y los usuarios pero con los roles cambiados (¿para qué querrán internet?; *“nada de chatear, nada de leer correos, te dejo internet si es para buscar información seria...”*). Tengo un amigo que sabe mucho de referencia virtual; en su tesis (que no me he leído) concluye que el mejor servicio de referencia virtual que pueden dar las bibliotecas es un buen servicio de chat ¿en qué quedamos, no decíamos que nada de chat en la biblio? ;-). A medida que adquirimos destrezas tecnológicas perdemos el miedo a lo desconocido y somos capaces de ir cambiando nuestra percepción sobre las tecnologías y sus usos bibliotecarios... Didac ya nos lo decía.

En la biblioteca se proporcionaba el acceso al documento que físicamente estaba (y pertenecía) a nuestra colección. La aparición de nuevos soportes no produjo, en un primer momento, cambios en esta situación; empezábamos a adquirir materiales que si bien no eran papel seguían engrosando nuestras colecciones. Un vistazo a la información que hoy ofrece la biblioteca de Muskiz es suficiente para entender que hemos roto muchas de las reglas no escritas: seguimos comprando libros y material audiovisual pero no limitamos la información que ofrecemos a los usuarios a aquello que nos pertenece y que está en nuestra biblioteca; gran parte de lo que suministramos no está en Muskiz; a pesar de que prestamos más libros que nunca, la información más demandada no está en formato papel... y ni tan siquiera nos pertenece.

Creo que uno de los retos más interesantes a los que se enfrenta la biblioteca es el de entender que la naturaleza y la sustancia de sus fondos ha evolucionado y que es necesario que también lo hagan los procesos para gestionar la nueva información; seguimos dedicando gran parte de nuestros esfuerzos a gestionar el soporte papel y descuidamos todo el universo multimedia que está eclosionando a nuestro alrededor.

Aquella biblioteca que no entienda que el fondo y la colección no se limita exclusivamente a lo que almacenamos en nuestras estanterías no podrá ofrecer un

servicio de calidad; la tecnología nos permite considerar gestionar materiales propios y/o ajenos que la biblioteca pone a disposición de los usuarios independiente del dispositivo de lectura, soporte y ubicación. Dentro del fondo y la colección la biblioteca jugará un papel fundamental en la creación, conservación y difusión de la colección local.

El profesional

Necesariamente las transformaciones experimentadas en el espacio, el fondo y la colección de la biblioteca han tenido que influir de alguna manera en el profesional.

No voy a entrar a plantear cuestiones laborales; solamente haré un apunte: se trabaja más y mejor cuando uno está y se siente bien valorado... y a finales de los 80 no había muchos profesionales en esa situación... ni a finales de 2009. También se trabaja mejor cuando la actividad a la que uno se dedica centra todos sus esfuerzos. Una pregunta para la reflexión: ¿hay en las escuelas personas cuya dedicación exclusiva sea la biblioteca, profesionales cuya razón de ser sea la biblioteca de centro?

Que algo ha cambiado radicalmente en la biblioteca lo demuestra que cuando empecé a trabajar no me preocupaba si “*la conexión*” iba o no iba; el universo bibliotecario se reducía a lo contenido por las cuatro paredes; la tecnología más puntera a nuestra disposición era el teléfono (y fui afortunado porque en la biblioteca de Muskiz siempre hubo uno) y la Olivetti con memoria que permitía hacer las fichas catalográficas con más comodidad.

El profesional estaba solo... y obligado a tomar decisiones para hacer frente al día a día. Desconozco si otras profesiones se han reciclado tanto como nosotros en tan poco tiempo. Las reglas de catalogación, el listado de encabezamientos de materia, las fichas catalográficas, un lápiz, unas fichas azules para identificar lectores y otras amarillas para los libros era todo lo que necesitábamos para trabajar. No hacía falta ser un lince para darse cuenta de que aquello estaba abocado al fracaso; catalogar un libro para ponerlo a disposición de los usuarios nos exigía tanta dedicación que cuando aparecía un usuario por la biblioteca nos enfadábamos porque nos distraía de lo importante: la catalogación. Biblioteca era un eufemismo con el que designábamos almacenes de libros más o menos caóticos; convivíamos con esa realidad pero no nos engañábamos. Creo que esa es una de las razones que explican la facilidad con la que asumimos el reciclaje profesional: queremos mejorar el servicio.

Gestionar información es ser consciente de que necesitas ayuda; en todos los manuales de biblioteconomía se habla expresamente de “cooperación” porque sin cooperación no se puede gestionar una biblioteca. El nuevo entorno informacional pone a nuestra disposición herramientas que favorecen la cooperación con otros centros y profesionales.

Sigo siendo la única persona que el ayuntamiento paga por trabajar en la biblioteca... pero ya no estoy solo. Los cursos de reciclaje permiten crear una incipiente “red social” bibliotecaria que ahora se puede potenciar gracias al teléfono, listas de distribución, correo electrónico, Facebook, Tuenti, Twitter...

Está tan imbricado el concepto de libro con el de biblioteca que llevamos siglos identificando ambos; creíamos que con gestionar bien el libro (ese objeto en el que se funden dispositivo lector, formato y contenido) la biblioteca cumplía su función; también creíamos que el mejor sitio para esa gestión era un espacio físico llamado Biblioteca. El entorno informacional actual ha puesto de manifiesto la necesidad de saber gestionar cualquier tipo de información, independientemente del soporte, formato y dispositivo de lectura... y del lugar en el que nos encontremos. Sinceramente, más allá de las destrezas tecnológicas (muy necesarias) el verdadero reto del profesional de la biblioteca es entender y asumir las reglas del nuevo entorno. Muchas de las limitaciones que la biblioteca encontrará para adaptarse al nuevo estadio se encuentran en nuestras propias limitaciones mentales. Es necesario respetar la tradición sin que ello sea un freno. Si la biblioteca quiere seguir siendo útil a la sociedad debe saber evolucionar junto a ella.

El usuario

En poco tiempo hemos evolucionado de “biblioteca almacén de información” a “biblioteca centro de acceso a la información”; en este periplo el usuario ha ido evolucionando y no necesita tanto el “almacén” y el “acceso” como la calidad en la recuperación y el manejo de la información. Es un usuario más autosuficiente que valora otro tipo de servicios bibliotecarios.

Hasta la irrupción de la web social el usuario tenía que venir a la biblioteca para poder utilizar sus servicios; era una biblioteca eminentemente presencial en la que el papel, los metros cuadrados, los presupuestos y el personal determinaban la relación biblioteca/usuario. La información estaba enclaustrada y era necesario ir a por ella a nuestras estanterías. En este momento la información está en la red, el usuario abandona nuestras estanterías por “la nube”, es capaz de acceder a la información por otros cauces (redes sociales...) y la biblioteca se encuentra ante una nueva situación: debe ir en busca del usuario para “recordarle” que seguimos ofreciendo una información de calidad (porque tener un servicio que nos dé información contrastada es algo que valoramos como usuarios) tanto desde nuestra biblioteca tradicional como desde nuestra web. Y debemos procurar que nuestro fondo esté actualizado, que la biblioteca tenga un mobiliario cómodo, un aspecto agradable. Y si el usuario está tras una pantalla tenemos que saber cómo es ésta, ya que a veces está anclada a un cable en un despacho o una habitación y cada vez más empieza a encontrarse en nuestro bolsillo.

A modo de conclusión

Los cambios en las tecnologías de la información, el desplazamiento del libro como totem de la lectura y conocimiento, la aparición de nuevas fuentes de información al alcance de las personas sin la intermediación de las bibliotecas posibilitan una visión más amplia de lo que entendemos por cultura, lectura, biblioteca. Es un buen momento para renovar nuestro “imaginario” y adaptarlo al nuevo entorno en el que desarrollamos nuestras actividades.

En nuestro imaginario la biblioteca es un lugar (físico) más o menos agradable con muchos libros, silencio, solemne... Identificar libro con cultura y supeditar el futuro de la lectura y la biblioteca al futuro del libro es una reacción lógica tras tantos siglos en la “era Gutenberg”. Sin embargo la biblioteca siempre ha sido un espacio de socialización en el que se dan servicios relacionados con la formación, la información y el ocio. Y ese concepto está más vigente que nunca.

Las bibliotecas están vivas, evolucionan y dependen de otras bibliotecas para poder seguir cumpliendo su misión. Creo que es el momento de establecer un nuevo imaginario que entienda la biblioteca como un **ecosistema de bibliotecas** que liga a todos los tipos; si algo falla en uno de los elementos repercute en los demás. Los ejemplos más claros son los de las bibliotecas escolares y públicas. Ambas deben colaborar desde un principio de complementariedad y no de suplantación. Para que una biblioteca pública pueda colaborar con una escolar es necesario que ambas cumplan su función; desgraciadamente muchas veces la biblioteca pública ocupa el lugar que les correspondería a las bibliotecas escolares porque éstas no existen. Y no debemos olvidar que los objetivos de la biblioteca pública no son los mismos que los de la escolar; ésta puede especializarse más en aspectos formativos y generar servicios apropiados con los curriculares de cada centro y la pública debe atender a toda la comunidad.

Así que más que a los/as maestros/as les pediría a los responsables de educación que se adapten a los nuevos tiempos y que apuesten por la biblioteca. En el mundo escolar la biblioteca es un espacio “vital” asociado indefectiblemente la acción de leer; sin embargo es curioso observar cómo el imaginario y la realidad se contradicen: la biblioteca escolar es en la mayoría de los casos un apéndice que se integra con dificultad en la dinámica de los centros; lo importante (aprender) se hace en el aula y el resto...

Es necesario adaptar la biblioteca escolar al nuevo entorno informacional... ¿cómo denominarías a un lugar en el que se enseña a las personas a compartir conocimientos, a generar contenidos, a transmitir ideas, a ser tolerantes? ¿Escuela? Sí, pero también acabamos de definir una biblioteca. Actualmente la escuela se encuentra tan atomizada en cursos/aulas que no tiene una visión de (su) conjunto; esa visión transversal e integradora es la que se podría conseguir si concediésemos a la biblioteca su rol de piedra angular

del sistema educativo. En la enseñanza superior ese cambio ha empezado a darse con la “transformación” de las bibliotecas en CRAIS: Centros de Recursos para el Aprendizaje y la Información (CRAI), nuevos entornos dinámicos que integran los servicios universitarios que dan apoyo a la docencia, al aprendizaje y a la investigación.

Los grandes cambios necesitan pequeños inicios significativos: no estaría mal empezar por dedicar recursos humanos con dedicación exclusiva a la tarea.